

El itinerario religioso de los toreros

(The religious itinerary of bullfighters)

Pérez Álvarez, M^a de los Ángeles

Univ. de Sevilla. Jardines de Triana, 37. 41807 Espartinas

BIBLID [1137-439X (2006), 28; 261-277]

Recep.: 28.10.04

Acep.: 16.03.06

La Tauromaquia es un fenómeno rico en variados aspectos y elementos que configuran su identidad. De ellos, el factor religioso, se convierte en un fuerte marcador identitario, siendo una de las expresiones, que con mayor fuerza se manifiesta públicamente. En este análisis antropológico trataremos de introducirnos, en lo manifiesto, como también en lo latente y profundo del ritual táurico.

Palabras Clave: Religiosidad popular. Fiestas. Rituales e identidades.

Tauromakia fenomeno aberatsa da bere identitatea moldatzen duten hainbat alderdi eta osagaitan. Horien artean, erlijio faktorea identitate markatzaile indartsua da, jendaurrean indar handienaz agertzen den adierazpenetariko bat delarik. Azterketa antropologiko honetan, zezenen errituaren agerikoan zein ezkutuan eta sakonean sartzan saiatuko gara.

Giltza-Hitzak: Herri erlijiozaletasuna. Jaiak. Errituak eta identitateak.

La Tauromachie est un phénomène riche en aspects et en éléments variés qui configurent son identité. De ceux-ci, le facteur religieux devient un fort marqueur identitaire, étant l'une des expressions qui se manifeste publiquement avec le plus de force. Dans cette analyse anthropologique nous tenterons de nous introduire dans manifeste comme dans le latent et la profondeur du rituel taurin.

Mots Clés: Religiosité populaire. Fêtes. Rituels et identités.

INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente, la comunidad taurina, ha intercambiado códigos diferenciados de “buena conducta”. Estos códigos son un referente para todos los que su actividad profesional está relacionada directamente con la creación de la Fiesta. La existencia de este modelo de “vida moral”, los integra plenamente en el ámbito taurino, coesionándolos en un todo comunal. Este proceso de socialización de grupo incluye unos valores, unas especiales condiciones de comportamientos, que los miembros de manera tácita suelen aceptar. El hecho de respetar las normas, se entiende, como fórmula que garantiza la correcta organización del grupo y la permanencia de la actividad ritual.

En el conjunto de valores dados, se focaliza, de manera especial, en toda aquella persona que entra a formar parte directa del juego comunicativo de la lidia en la plaza, es decir los toreros en general. No obstante, por ser el grupo de espadas los que gozan de mayor centralidad en la contienda en el ruedo están más expuestos a las exigencias de esta socialización grupal, sin embargo, la mayoría de los códigos establecidos para los matadores, son también de “obligado” cumplimiento para todo aquel que se viste de luces.

Los toreros, son muy receptivos, están muy abiertos a la transmisión de lo que “debe ser” para alcanzar el triunfo. Observando los diferentes comportamientos, captando los discursos hegemónicos, reproducen el ideal de lo que significa “ser torero” o “estar en torero”. Estos mensajes, referidos a lo adecuado o no de cualquier tipo de conducta, se van captando tanto en las diversas situaciones ceremoniales –que son una constante en el ámbito taurino– como en otro tipo de circunstancias más cotidianas. Sin embargo, cualquiera que sea la común cotidianeidad del “mundo del toro”, se aleja ampliamente de lo que pueda responder a un modelo de vida usual. En este contexto, se valorará una vida apartada y reflexiva, de dedicación plena a la profesión¹.

Con la materialización de algunas consideraciones percibidas para ser torero, se va construyendo la marcada identidad de la Tauromaquia. En la percepción y asimilación del particular ideal, se crea un contexto místico y de “entrega” a la profesión, que requiere cierto recogimiento, apartamiento y religiosidad para que el momento de la lidia se convierta en algo propicio, mágico y majestuoso, al mismo tiempo que, representativo de los sentimientos encontrados en la más amplia comunidad taurina de los aficionados, que entra en este tipo de valorizaciones, entendiéndolas como necesarias para que la Fiesta sea “tan de verdad”.

1. García-Baquero y repetidamente Juan Manuel Albendea nos recuerdan las palabras de Tierno Galván de que los toros “son aparición o testimonio de una concepción del mundo que, por serlo, excluye o pretende excluir la vigencia de cualquier otro. (En Albendea. “La Iglesia Católica y los Toros”. *Revista de Estudios taurino* nº17. Fundación de Estudios Taurinos. Sevilla 2003.

Del apuntado conjunto de solicitaciones existe una expresión muy destacada: la religiosidad mostrada por los toreros. Esta manifestación va creando un itinerario piadoso único o conjunto de ceremonias recogidas que, reproducidas hasta el presente, se hallan orientadas hacia la petición de “gracia” para el desempeño de la lidia. La creación de este contexto propiciatorio, integra, no solo peculiares pautas de comportamiento, sino también expresiones gestuales orientadas también a producir el halo mágico favorable que, sobre todo, refuerzan la marcada identidad del grupo de matadores.

Al mismo tiempo, el entramado creado entre toreo y creencias, con las diferentes ceremonias y sus variados gestos y comportamientos religiosos, confieren a la Fiesta, ya por la singularidad creada, ya por la solemnidad de los actos, unas señas de identidad que pocos olvidan. A través de la sucesión de etapas, los procesos ceremoniosos van adquiriendo carácter sagrado perdiendo dimensión profana, integrando hechos, palabras, instrumentos y personas en un ámbito sacralizado².

Muchos estudiosos del toreo destacan la cualidad trascendente que se impone en la tauromaquia, al punto de afirmar que, “torear es una actividad espiritual y no física” (Díaz, 2003: 152). Las referencias hechas por los Medios y por los aficionados, en este sentido, son constantes. La trascendencia está, tan unida a los toreros que, éstos, son conducidos, incluso después de su muerte, tras sufrir una mortal cornada, a un ceremonial que forma parte del señalado itinerario religioso: las masas de aficionados portan los féretros profesando toda clase de elogios y admiración serena. El profesor Romero de Solís señala el origen de esa prolongación de la dimensión religiosa en épocas muy antiguas de la historia de nuestra sociedad³. Las circunstancias de peligro continuo de los toreros en el ruedo, la posibilidad de que su paso por este mundo sea breve, conduce, de alguna manera, a la afición a darles, después de su muerte, una continuidad de vida trascendente.

Con este contexto, de fuerte maximización de los recursos religiosos, de búsqueda de apoyo sobrenatural, defendemos la hipótesis de que, con todas estas ocasiones y acciones religiosas se obtiene una carga simbólica que revierte en la comunidad taurina a modo de reafirmación de identidad del grupo.

2. Para Mircea Eliade en su *Tratado de la Historia de las Religiones*, lo sagrado aparece como una estructura de la conciencia que hace posible una manera de ser en el mundo caracterizado por la apertura a la trascendencia.

3. “Quizá el primero en darse cuenta de ello fue San Isidoro de Sevilla como parece demostrarlo en sus *Etimologías* cuando condena la inclinación que demostraban los jóvenes de la Bética para jugarse la vida lidiando toros en los anfiteatros sin razón alguna y sólo por ganar, ante la sociedad de su tiempo, prez y fama de hombres valientes. Sin embargo en el hecho mismo de que, en algunas ocasiones, murieran en el intento, hacía pensar a San Isidoro, que, estos jóvenes, con su aventura, prolongaban la dimensión religiosa” (Romero de Solís, “Sevilla Tauromaquia y religiosidad”. En *Nuevos aspectos de la religiosidad sevillana. Fiesta, imagen y sociedad*. Área de Cultura y Fiestas Mayores, Ayuntamiento de Sevilla 2002.

1. EL VALOR DE LAS CREENCIAS

Desde la religión más antigua en Mesopotamia, los hombres pretenden asegurar el éxito, siempre con el concurso de la «suerte», condición que se entendía que sólo podía recibirse a partir de la observación de los «códigos de buena conducta» (Bóttger, 2001).

A nadie le cabe la menor duda de que, entre los toreros, se deseen todo tipo de «suertes», antes de entrar en la plaza, como forma de alejar cualquier tipo de incidencia desfavorable para la integridad física del torero. En su talante, el matador, debe mostrar superioridad frente al astado como consecuencia de estar en posesión de la “gracia”, entendiéndose por ésta, un sentir general de que los toreros gozan de un cierto apoyo sobrenatural⁴. Para los aficionados, toda persona que representa a esa comunidad moral de matadores, demostrando especiales condiciones para el toreo y dispuesta a dar la vida, se convierte en un “héroe”, en un ser extraordinario. Se decía del mítico torero de Camas, Curro Romero que, una fuerza se apoderaba con magia del alma de este matador, lo hechizaba, lo iluminaba. Esta posibilidad de glorificación humana lleva a los toreros a asumir la responsabilidad de cumplir con lo encomendado, les crea la obligación de esforzarse en su tarea de “darlo todo” en la plaza, con el riesgo de la muerte, para que el público quede satisfecho. A veces el talante de la afición –de los que pagan– ha llegado a ser tan exigente a lo largo de la historia de la tauromaquia que, los toreros, se han sentido impresionados por el ambiente de confusión arriesgando por ello hasta el límite. Veamos esta circunstancia reflejada en el siguiente texto de Chaves Nogales sobre Juan Belmonte:

A Joselito como a mí, le preocupaba hondamente la necesidad de seguir triunfando, de mantener indefinidamente el nombre y la gloria a tan dura costa conquistados.

Pero el público empezaba a cansarse de nosotros precisamente por la sensación de seguridad, de dominio y de la eliminación del riesgo que habíamos conseguido dar. (...) Y aquel torero que había gozado como ninguno del favor de los públicos, se desesperaba al ver que las multitudes se volvían injustamente contra él. La gente veía que una vez y otra, y veinte, y ciento llenábamos las plazas, y como ni a Joselito ni a mí nos mataba un toro, empezó a considerarse defraudada, hiciésemos lo que hiciésemos. (...) Aquella tarde, el público estaba furioso contra nosotros. Los toros eran chicos y los aficionados protestaban violentamente cuando aún no había empezado la lidia. Llegaba entonces a su apogeo aquella irritación de la gente contra Joselito y contra mí de que he hablado antes. Toreábamos muchas corridas, no nos pasaba nunca nada (...) el espectador llegó a tener la impresión de que le estábamos estafando, de que habíamos eliminado el riesgo de la lidia.

4. “Joselito” en declaraciones a José María Carretero (El Caballero Audaz), dejaba constancia de su creencia de que nadie le enseñó a torear como lo hacía “El toreo no se aprende... Yo no había visto jamás un toro de lidia(...) es una cosa especial que uno no sabe explicarse, y que parece que ya estuvo uno en otro mundo, donde te enseñaron a torear” *El libro de los toreros de Joselito a Manolete*. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid 1998.

“(…) A Joselito aquella agresión, aquel furioso ataque de los aficionados que le gritaban desaforadamente le produjo una gran impresión. Se quedó cabizbajo durante un largo rato, y luego me llamó y me dijo:

“Oye, Juan: hace tiempo que quería hablarte de esto y creo que ha llegado la ocasión. El público está furioso contra nosotros, y va a llegar un día en el que no podamos salir a la plaza.

(…) Al día siguiente tenía Joselito que torear otra vez en Madrid. Rompió el contrato y se fue a torear a Talavera de la Reina. Allí le tenía citado la muerte.

(…) ¿Quién ha dicho que las multitudes no tienen conciencia? A raíz de la muerte de Joselito, el público de los toros fue víctima de un curioso fenómeno de remordimiento colectivo. Pude observar entonces que súbitamente se había despertado en el espectador de las corridas de toros un exagerado temor y un cuidado celosísimo por la vida de los toreros. (...) El público tenía más miedo que el torero. (...) Parecía como si aquellos hombres que el día antes de la tragedia de Talavera nos agredían furiosos pidiéndonos que nos dejásemos matar o poco menos, se considerasen íntimamente culpables de aquella desgracia y el remordimiento les impulsase a evitar que se repitiera⁵”.

El 9 de julio de 2004, se decía en un diario sevillano que Enrique Ponce en la plaza de Valladolid, pisó *la gloria*⁶. Es difícil mantenerse, pisando la gloria, con las exigencias que requiere el oficio. Por este motivo, los aficionados, sostienen que, los toreros están hechos de otra pasta. Suárez Inclán se pregunta: *¿Por qué el torero es un héroe? ¿Ha sido engendrado por un Dios y un mortal?(...) cumple con la tarea que les está encomendada a los héroes: realizar una hazaña admirable para la que se requiere mucho valor.* Pero, Guillermo Sureda se pregunta: “¿Qué es el valor y que misterios encierra?” Creemos que, se percibe éste valor en los toreros como algo dado, innato.

En favor de dicha conexión trascendente, la tradición reproduce una *escolástica* que, desde los inicios, desde que comienzan como aspirantes a novilleros, los toreros se someten a la aceptación de una disciplina constante, a una actitud de continua moderación, permaneciendo el “toriescolano” en un tiempo liminal teñido por la solemnidad de todos los actos relacionados con su práctica taurina. Según este ideal, se debe comenzar con una vida especial, reservada, estando presente solo en acontecimientos propios taurinos o de reuniones restringidas para el grupo, sólo se les debe ver aparecer en público de forma esporádica, sorpresiva y breve. A semeja a una actitud religiosa, siempre de meditación, sobre lo que acontece o puede acontecer, de preparación emocional del momento crítico, de presencia ante el público en la plaza, estando los que les rodean vigilantes de que esta

5. Manuel Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros*. Madrid: Alianza Editorial págs. 262-267.

6. Juan Miguel Núñez/ EFE. *Diario de Sevilla*, pág. 61. 9/9/2004 (cursivas mías).

situación se respete⁷. Desde muy jóvenes, adolescentes se les preserva de la vida secular, en una tácita aceptación de que las reglas y la jerarquía, existentes en la tauromaquia, deben ser respetadas, siempre. Es un lento proceso de transmisión de técnica, doctrina y método para que la obra ritual en la plaza sea efectiva. En una entrevista al director artístico de la escuela de tauromaquia de Camas señalaba que lo deseable para un alumno es que la escuela fuera una familia y los amigos se mantuvieran al margen, pues les distraerían de sus entrenamientos y les podrían alejar de la afición⁸.

En esta *escolástica*, las creencias tienen gran significación para los toreros. Viven en un mundo penetrado por fuerzas sagradas, continuamente manifiestan temores, sufren las sospechas de que ciertos hechos, colores, animales, defectos físicos, etc., pueden traerles buena o mala suerte. Tras estas actitudes se disfrazan las tres características principales de lo sagrado: el misterio, el milagro y la magia.

Muy al contrario de lo que ocurre en la sociedad secular, la inmensa red de intercesiones que vincula al torero de este mundo, con el otro mundo trascendente, no se desvanece. Es la religiosidad una tradición que se perpetúa, superando todo contexto histórico, es una realidad de la que está aún ausente esa penetración racional sistemática propia de la modernidad. Incluso, algún espada, como Enrique Ponce, ha señalado este fenómeno como una virtud, como una grandeza de la Fiesta, en ella nada es matemático. Con ese reconocimiento se sitúa este ritual, bajo influencia trascendente, en lo no medible o predecible.

Fundar la grandeza de este modo, fuera de las exigencias de una lógica más contemporánea, podría responder a la creación de un orden que plantea una continuidad entre lo empírico y lo supraempírico. Visto así, reflexionamos y relacionamos con la teoría del sociólogo Peter Berger cuando plantea que:

“Esta continuidad que supone una conexión ininterrumpida entre los sucesos humanos y las fuerzas sacras que impregnan el universo, se efectúa a través de los rituales religiosos” (Berger, 1971).

Sin embargo, para garantizar la adecuada realización ritual de dimensión trascendente, precisamente, para atraer las fuerzas sacras positivas y rechazar las maléficas, es por lo que el torero utiliza variados elementos y se comporta en determinados lugares de forma muy religiosa dando un nivel metafísico al acontecimiento taurino. Se trata de una situación concreta del hombre respecto a lo sagrado o hierofanía de entre las enormes variedades

7. “Es indudable que el toreo necesita un clima adecuado, un ambiente propicio que para producirse exige todo arte” Juan Belmonte en Chaves Nogales pág. 274.

Nietzsche, divide el arte en, lo apolíneo o lógico y lo dionisiaco o mágico. (En *Tauromagia*. Sureda, 1978, pág. 114).

8. Entrevista a profesores de escuelas nº 1. Fernando Rodríguez “El Almendro” Director artístico de la Escuela de Tauromaquia de Camas.

existentes en cada momento de la historia. Eliade reconoce que integradas en un sistema religioso dado, pueden existir restos de hierofanías perdidas: “Por el mero hecho de encontrarnos en presencia de hierofanías nos encontramos ante documentos históricos”. (Eliade, 2000).

Trataremos en los siguientes apartados de introducirnos en este peculiar fenómeno mágico-religioso de la tauromaquia.

2. LOS CEREMONIALES RELIGIOSOS EN LA TAUROMAQUIA

De entrada, como ya adelantamos, existe un hecho que condiciona especialmente la filosofía de vida de los lidiadores: los aficionados delegan en el torero la lidia del astado en el ruedo⁹, y, a cambio, toda persona que representa a esa comunidad moral de matadores, dispuesta a dar la vida, se convierte en un “héroe” para la afición. Este reconocimiento público condiciona a los toreros en la responsabilidad de cumplir con lo encomendado para que el público quede satisfecho.

Como forma de mantener este ideal de hombre extraordinario, con la dificultad que dicho fenómeno conlleva, el torero percibe sus obligaciones religiosas como necesarias para atraer la “buena suerte”, entendiendo así que minimiza la posibilidad del riesgo. La *escolástica* o vía de integración a la filosofía torera, debe teñir de ascetismo la vida de los aspirantes. El imaginario colectivo del grupo de aficionados tradicionalmente mantiene la representación de los toreros en una vida consagrada a su actividad.

Cada corrida comienza con un primer ceremonial de integración para la lidia que llamamos “la capilla ardiente” en la ceremonia de “vestirse” y que marca la entrada en un tiempo-espacio sacralizado. La emoción extrema, el lenguaje gestual, las pautas de comportamiento, los tiempos marcados son lo suficientemente elocuentes como para sospechar que estamos en presencia de un contexto sagrado¹⁰.

2.1. La “capilla ardiente” en la ceremonia de “vestirse”

Uno de los repertorios más importantes de la variedad de actos que se llevan a cabo en el ritual de la corrida de toros tomada en su conjunto, es la

9. El profesor Romero de Solís recoge la estructura tripartita del Sacrificio, según Mauss, y la identifica con las corridas de toros, en la que se reconoce en primer lugar la víctima, el toro; el sacrificador u oficiante, representante de la colectividad identificado plenamente con el matador y la colectividad de sacrificantes o aficionados asistentes en las plazas, asamblea de fieles que pagan el valor material de la víctima. *La dimensión sacrificial de la tauromaquia popular en Demófilo* nº 25 “Las fiestas populares de toros” págs. 246-247.

10. “Épocas y lugares especiales pueden distinguir las palabras y los actos del ritual de las palabras y actos ordinarios, así se cargan de un significado especial, reúne a emisores y receptores y sobre qué deben comunicarse” Rappaport: *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Cambridge 2001. Pág. 93.

ceremonia de “vestirse”. En ella, el matador se va colocando con la ayuda del mozo de espadas, despacio, con gran solemnidad, cada uno de los componentes que va a lucir en el momento de aparición pública en la plaza. Con respeto, cada elemento de la indumentaria es tomado del lugar de la silla donde ha sido expuesto, por el “mozo de espadas” y los va colocando siguiendo un orden riguroso a la vez que pierden toda dimensión profana. Medias, calzoncillos, taleguilla, machos de ajuste de la taleguilla, camisa, corbatín, tirantes, fajín, zapatillas, castañetas y chaquetilla componen, junto con el capote de paseo, el “vestido” del torero.

Una vez finalizada la ceremonia del “vestirse” en casa o en el hotel, en general los toreros, se colocan frente a una “capillita” montada previamente. Este altar doméstico está formado por numerosas estampas, medallas, imágenes, que los toreros han adquirido en sus visitas a los santuarios o bien, porque les han sido regaladas por familiares, amigos y seguidores. Se van situando, uno a uno estos simulacros como elementos propiciatorios y se iluminan con varias velas encendidas. El diestro, ante estos objetos, en pie, en actitud reverente o arrodillado se persigna y reza pidiendo que todo salga bien, que el éxito le acompañe en el ruedo. Es un momento de gran recogimiento, en el que se suele respetar la intimidad del matador, sólo a personas muy allegadas o necesarias por su gran ayuda y colaboración en este momento, se les está permitido estar presentes. Lo contrario suele ser muy rechazado por los diestros.

Si como hemos puesto de manifiesto, las personas en esos momentos ceremoniosos se adentran en un ámbito sagrado relacionado con la vida o la muerte, entendido por sus protagonistas como penetrado por “fuerzas” que pueden influir en cualquier resultado, la presencia de cualquier persona debe ser llevada con cautela, lo más discreta posible, siendo necesario el establecimiento de estrategias oportunas de respeto del momento.

Es el “mozo de espadas” el hombre de confianza, el ayudante del matador es el encargado de preparar la “capillita” y tenerla lista para que el matador realice sus rezos en el momento oportuno. Es una tradición, que este especialista del cuidado de los “trastos de torear”, asume también la responsabilidad de guía o consejero religioso como una tarea indeclinable, es decir asume la orientación espiritual y la idoneidad, en todo momento del ceremonial sagrado. Los participantes en la preparación de la indumentaria del matador se funden en virtud del ceremonial formando un grupo altamente coesionado. Así, lo positivo del acto se extendería, contribuyendo esa unidad social, a la acumulación de energías benefactoras sobre la personalidad excepcional del matador.

Al argumentarse que los toreros rezan porque deben estar protegidos, construyéndose la idea de que pueden disfrutar de una protección Sobrenatural, se pretende la conexión con esta “fuerza” protectora para que esté siempre presente. El ejercicio de la práctica exitosa conduce al agradecimiento. Asimismo el torero puede percibirse, en los momentos de peligro, como un ser especial dotado de unas cualidades sobrehumanas por conce-

sión generosa dadas desde un Nivel Superior. Este tipo de creencias fundan la religiosidad del torero, su aspecto espiritual, al que termina por concederle gran importancia y trascendencia.

2.2. La “visita” a la capilla

Cualquier plaza de toros, por pequeña que sea, suele tener una capilla, lugar para que los toreros antes de salir al ruedo imploren la protección y ayuda de los seres sobrenaturales. Manifiestan en ellas su postura de respeto ante lo trascendente, ante sus rezos se encuentran la imagen del patrón o patrona de la localidad en la que torea con otras muy veneradas por la comunidad. Las capillas suelen ser pequeñas, sencillas con algún banco de madera o sillas de anea. Generalmente, se reúnen matadores y subalternos, pero sin ningún orden establecido, alguno puede retrasarse por firmas de autógrafos o entrevistas y otros adelantarse al grupo buscando intimidad. El picador suele entrar sólo, pues su llegada a la plaza se realiza con anterioridad, para probar y sudar al caballo.

Por lo que se puede comprobar, prefieren los toreros la relación íntima y directa, sin necesidad de la intermediación de los sacerdotes. Normalmente, éste, se encuentra cerca, se sabe que está en la plaza, pero por lo general, sólo se reclama su presencia en caso de tragedia, es decir en caso de que el torero haya sido cogido muy gravemente por el astado y en el supuesto de existir la posibilidad de que sean los últimos instantes de su vida. Sólo en este caso se le llama para que administre el Sacramento de la Extremaunción.

Las creencias están tan marcadas entre la comunidad torera, que las plazas más pequeñas, puede que no integren, entre sus dependencias una enfermería, sin embargo, la capilla no suele faltar. Todos los que deben pisar el ruedo saben que los actos positivos se pueden quebrantar por actuar “impropiamente”, así la visita a la capilla se convierte en un ceremonial obligado e imposible de olvidar.

Finalizada la actuación en la plaza, algún torero puede sentir la inquietud de volver a rendirse a los pies de sus imágenes religiosas para dar gracias, por haber salido todo como deseaban. Algunos, hacen público esta necesidad, como es el caso de Juan Antonio Ruiz Espartaco, torero sevillano que declaraba a los medios de comunicación que lo primero después de salir del ruedo es visitar la capilla, incluso besar al Cristo, Virgen o Santo al que se le ha hecho previamente la petición de protección.

2.3. Otras manifestaciones externas de religiosidad en los toreros

Las creencias, como hemos constatado están muy arraigada entre los toreros. Viven en un mundo penetrado por fuerzas sagradas, continuamente manifiestan temores, sufren las sospechas de que ciertos hechos, colores,

animales, defectos físicos pueden traer buena o mala suerte. Estas actitudes disfrazan las características principales de lo sagrado: el misterio, el milagro y la magia. Esta religiosidad que vincula al torero con el “otro mundo trascendente” se va perpetuando, superando todo contexto histórico. Es precisamente, para atraer las fuerzas sacras positivas y rechazar las maléficas, por lo que el torero utiliza variados elementos y se comporta en determinados lugares de forma muy religiosa, aún apareciendo algunas de estas formas como especialmente “supersticiosas”, para la gente en general, no dejan de pertenecer a un sistema de creencias o ideología religiosa:

“Ángel, musa, duende. He aquí tres palabras que encierran tres formas de arte taurino, tres caminos de la inspiración. La etereidad del ángel, el toque de su nítida ala transparente, se ve, en efecto, cuando el torero a cuerpo limpio solo con las banderillas en la mano, va hacia el toro, burla su embestida, esquivo el derrote del pitón y, con los brazos en alto, sale de la suerte, después de haberse asomado al balcón donde, de vez en vez, se asoma también la calavera sombría de la muerte (...) es casi, sacar un pasaporte para el más allá. (...) Porque el duende no juega con superficialidades, con las formas, sino que penetra en todos los momentos de la corrida (...) El duende, como dice Lorca, “Es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar (...) La llegada del duende presupone siempre un cambio radical (...) de milagro que llega a producir un entusiasmo casi religioso” (...) Juan Belmonte decía que el toreo es un sentimiento interior, casi un estado del alma (...) creo en los toreros lógicos y mágicos (Sureda, 1978: 108-115)”.

Pero es preciso, como hemos apuntado con anterioridad, señalar que, al igual que algunas pautas que distinguen a los toreros adquieren una polisemia simbólica, pues los actos piadosos, no sólo muestran la religiosidad del grupo, sino que se convierten también, por la identificación que se hace de estos con los lidiadores en acciones de fuerte identidad para la Tauromaquia, lo mismo ocurre con algunos elementos aparecidos en el ritual taurino.

2.3.1. Las imágenes del capote de paseo. Una consideración acerca de la naturaleza de los bordados

Los “capotes de paseo” se convierten, al adquirir otro significado del que debiera tener, por lógica, en los orígenes de la lidia, con la pérdida utilitarista como instrumento para sortear al bravo animal, en un símbolo de significado trascendente. Este elemento que acompaña al torero protegiéndolo, marcando la figura del que reta al peligro, pierde dimensión profana convirtiéndose en un símbolo de inspiración sagrada con la plasmación de imágenes religiosas “protectoras”.

El capote de paseo es un elemento muy lujoso del traje de luces, con la misma forma que el de brega, pero algo más pequeño forma parte de la vestimenta del torero. Se utiliza por los espadas solamente cuando éstos realizan el paseíllo, quedando más tarde bajo custodia del mozo de espadas, extendido en la barrera, mostrándose ante el público aficionado en la plaza. Son capotes de seda bordados con hilos de oro, plata, negro y de colores.

Los dibujos encargados van siendo realizados por las bordadoras, según los deseos de los matadores que los escogen de la muestra de diseños del propio taller. En combinación con los motivos florales, a muchos toreros les lleva la veneración por una Virgen a lucirla estampada en este capote de lujo. Tradicionalmente, en algunas zonas, los talleres han remitido el encargo de dichos bordados de imágenes y, por necesidad de la especialización en el bordado, a bordadoras que desarrollaban esta actividad para las distintas hermandades de Semana Santa.

Este capote ha sido muchas veces donado por los toreros, como parte de la vestimenta de las vírgenes a modo de exvotos. Todo un extraordinario arte de transformación se despliega para que dicho deseo sea concretado. La imagen vestida con los restos del capote donado por el torero, se convierte en un momento sublime para los aficionados. En este caso, se dirigirá el espada a la ermita, capilla o iglesia, donde quiera que se encuentre la imagen. Es de esperar que, a partir de entonces, el torero goce de cierta protección celestial, durante todo su recorrido como matador.

Es tarea cada vez más difícil encontrar talleres para la confección de la vestimenta de torear, la centralización en Madrid de los contratos, han dado al traste con esta actividad en algunas localidades que, habiendo sido en ellas tradicionales, no permite su desarrollo con pocos encargos.

2.3.2. Las medallas y “detentes” de los matadores

Encontramos, que muchas son las formas en las que el torero expresa su religiosidad, siendo una de ellas incluir sobre su vestimenta torera medallas, pisacorbatas de imágenes sagradas, así también estampillas pegadas en el anverso de las monteras. Son elementos sagrados de poder misterioso que protegerán a los lidiadores frente al toro. Berger diría que:

“Se entiende por sagrado un poder misterioso e imponente distinto del hombre y relacionado con él que se cree existe en ciertos objetos, hombres o animales u objetivaciones de la cultura” (Berger, 1971).

Así la cualidad sagrada dada a estos detentes les hace ser portadores de unas energías que propician el éxito. El torero no quiere dejar nada al azar; en términos de probabilidades, puede que en algún momento, el toro, le “gane la cara”¹¹, por lo que tiene que salvaguardarse de que este hecho, no le cause la muerte.

Cuando manifestaciones religiosas descontextualizadas, se instalan en un sincretismo religioso, se convierten, en el nuevo contexto, en expresiones “supersticiosas”. Este fenómeno sincrético puede observarse en manifesta-

11. Para José Bergamín “El toreo es un juego vivo de inteligencia, tan exclusivamente inteligente, que el error más mínimo (...) le puede costar al lidiador la vida” Cit. en *Tauromagia*. Guillermo Sureda Molina 1978 pág. 35.

ciones culturales como las corridas de toros, en las que subsisten ciertos rasgos de ideologías religiosas desaparecidas al contacto con nuevas creencias aculturadoras. En la Fiesta, estos restos, emergen constantemente, aportando identidad a la Fiesta.

2.3.3. Los signos de la cruz con la mano, con la montera y con los pies sobre la arena al comienzo del paseíllo

Si observamos lo dicho, podemos comprobar que el hecho de que aún siendo formas prescritas por la ortodoxia católica, el torero les da una variante y las utiliza de manera diferente.

Se trata de no atraer la “mala suerte”, sino todo al contrario librarse de ella. La creencia en la buena o mala suerte les obliga a los matadores a llevar a cabo todo un número variado de signos, a veces dentro de la exégesis religiosa, no obstante, reinterpretados y otras fuera de ella.

Los toreros se persignan antes de salir a la plaza y más tarde ante el público, en los momentos de colocación en el ruedo, al iniciarse el “paseíllo”. Aunque lo prescrito por la Institución sea con la mano, lo general, es que se coja la montera y con ella se haga la señal de la cruz llevándola hacia la frente, al pecho y a continuación a cada lado de los hombros. Vemos también que con los pies y las manos se hace el signo sobre la arena, marcando el dibujo en ella. Esta señal se realiza de forma muy variada, incluso con la lengua en el interior de la boca, pudiendo como vemos personalizarse, con la actuación de cada matador.

La presencia de estos restos de otras hierofanías integradas en la actual, se dejan ver también en otras formas de atraer la “buena suerte”. Medidas como la de tocar madera, rechazar cierto tipos de colores, objetos decorativos, ropas, animal o planta son muy habituales entre los que se visten de luces. Asimismo, la presencia de ciertas personas, en algunos momentos, puede provocar situación de ansiedad, así como un gato negro o un canario.

Asimismo, la plaza de toros no es un mero edificio o espacio de espectáculo folclórico, sino el lugar sagrado de la contienda hombre/toro. El combate cuerpo a cuerpo de ambos contendientes es lo que da significado de ritual sacrificial al fenómeno taurico. Para ello, la plaza se convierte en lugar de “peregrinación espiritual”. El aficionado acude, con frecuencia, con una actitud de obligado cumplimiento al “santuario” de claros tintes mágicos. Victor Shholz en el prólogo del editor al libro de Aulestia escribió en 1967, refiriéndose a la Fiesta: “ *No es un deporte, un juego, una competición o una mera diversión; tiene un contenido filosófico, mítico y esotérico*” (Scholz, cit. en López Izquierdo, 1996: 8).

En las actuaciones de los diestros encontramos vestigios de cosmovisiones pasadas en las que los individuos son considerados, como representantes de colectividades mitológicamente concebidas, más que como individuos

únicos que llevan a cabo actos importantes. Esta tendencia de concepto de ritual sagrado cosmogénico en la lidia, responde al interrogante de por qué levanta iras en los aficionados la posibilidad de que la corrida se convierta en un espectáculo frívolo y fuera de todo significado. Las corridas no deben integrar elementos simbólicos que no pertenezcan a una estructura ideológica propia. Este hecho puede llegar a ser muy rechazado por la comunidad taurina.

3. LOS MOVIMIENTOS DE MASAS DESENCADENADOS POR LA TRÁGICA MUERTE EN EL RUEDO DE ALGÚN CÉLEBRE MATADOR

Hemos señalado, en la representación taurina de la plaza, la seriedad del fenómeno, la majestuosidad de los toreros y la fuerte implicación del público participante. Aparecen los “figuras” ante sus seguidores con un nivel de reconocimiento difícil de imaginar. La emoción se convierte en extrema ante un extraordinario lance o muletazo de riesgo frente al astado. Muchos “maestros” han experimentado en primera persona verdaderos espectáculos de fanatismo de masas. De manera espontánea, los seguidores enardecidos vitorean a los diestros como a héroes. De igual forma, estas masas de aficionados responden con verdadero fervor ante la muerte en los ruedos de algunos espadas provocando, incluso, en algunos momentos de la historia de la tauromaquia, por lo transgresor de las situaciones, controversias para la Iglesia Católica¹².

3.1. El entierro de “Joselito”

Un caso que provocó un trágico movimiento de masas populares, fue el entierro de José Gómez “Joselito”. Matador que debutó en público en Jerez de la Frontera en 1908, tomando la alternativa en Sevilla en 1912. Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre la muerte de “Joselito”. José María Carretero, describe, la muerte en la plaza de Talavera de la Reina y cómo estaban las habitaciones de su casa de Madrid en la calle Arrieta el día de su muerte llenas de gente, atestadas. Sentían las masas de aficionados la necesidad de encontrarse con el que sería su “héroe” aún después de

12. “Sevilla me hizo un recibimiento entusiástico (...) Apenas bajé del tren, me encontré estrujado por una imponente muchedumbre que llenaba los andenes. Triana en masa había bajado a la estación a recibir a su Juan (...) «¡Viva Belmonte!» hasta enroquecer, se formó una verdadera manifestación (...) que a trechos me aupaba sobre sus hombros (...) Así llegué hasta el puente de Triana, que cruce más o menos como lo cruza el Jueves Santo el Cristo del Cachorro (...) Al pasar por delante de la iglesia de Santa Ana se le ocurrió a alguien entrar en el templo, coger las andas de la Virgen, subirme a ellas y que entrase así, procesionalmente, en Triana (...) El sacristan, asustado avisó al cura de la parroquia, que se presentó furioso ante aquella amenaza de sacrilegio y arremetió contra los que tal desmán se proponían (...) ¡Sacrilegos! (...) Haré llamar a la Guardia Civil para que defienda el templo de vuestra barbarie (...) El cura, fuera de sí, quería echarlos a latigazos. Me han contado que a poco se muere del berrenchín” Chaves Nogales: *Juan Belmonte, matador de toros*. Madrid: Alianza Editorial págs. 184-185 (cursivas suyas).

muerto. Enormes coronas entraban constantemente en la casa del matador, mientras una inmensa multitud se agolpaba en las calles esperando ver salir el féretro.

El toro “Bailaor” en 1920 pasó a la historia de la Tauromaquia por ser certero produciéndole una mítica muerte. En el entierro de Sevilla, encontramos un momento muy significativo que fue de gran indignación para la Iglesia: la Virgen Esperanza Macarena fue vestida de luto. Habría que entrar a reflexionar sobre este fenómeno: los aficionados lloran de tal forma a su matador, que entienden que la misma Virgen Macarena, hubiera gustado vestir de luto al igual que con Cristo.

Elevan al torero a un nivel de glorificación poco común entre los mortales, patrimonio de unos pocos. Remitiéndonos a creencias ancestrales podremos dar significado a estos hechos, aquellas que llevaban, por ejemplo, a los griegos a enaltecer como a dioses populares a hombres que por sus especiales capacidades, de funciones, de proezas y méritos, se situaban próximos a una frontera de divinización humana. Como algunos dioses “retirados” de sus funciones, mantenían vivas energías positivas sobre sus seguidores. Desde esta cosmovisión arcaico-religiosa, así como se hablaba de “muerte” de los dioses que habían perdido su función, también podía conseguirse la vida sin fin a un puñado de insignes hombres. Bottéro plantea que, en épocas pasadas, una porción marginal del Panteón pudo componerse de mortales divinizados, por lo cual, la idea de divinidad podría integrar elementos humanos y divinos. Encontramos, así, en estas manifestaciones populares de aficionados taurinos, unas formas análogas de exaltación humana.

3.2. Los funerales de Sánchez Mejías

El diestro Sánchez Mejías tomó la alternativa en Barcelona en 1919. El 16 de mayo de 1920 tuvo lugar la cogida que le causó la muerte a su cuñado Joselito, siendo el mismo Sánchez Mejías el encargado de dar muerte a “Bailaor”. Torero intelectual, que en 1927 decide alejarse de los ruedos. Anuncia su retirada, para dedicarse a la literatura y al teatro. Más tarde, de vuelta a los ruedos, un toro le corneó. El traslado a Madrid se hizo interminable. Ignacio Sánchez Mejías, que dio en todo momento muestra de calma, murió el 13 de agosto a las cuarenta horas de haber sido herido en la plaza, en las primeras horas de la mañana. Su amigo Federico García Lorca le dedicará una elegía. Bergamín también testigo directo del sufrimiento del matador califica la agonía del diestro sevillano como, “*muerte perezosa y larga*”. Reposan sus restos al igual que “Joselito” en el cementerio de Sevilla.

Curiosamente, aquella Virgen Macarena vestida de luto por la muerte de su cuñado, fue escondida en esta tumba durante la Guerra Civil española. Una vez más creencias y tauromaquia van unidas. Resultado de creencias clásicas religiosas, lo percibido como vinculado al Orden Supremo, por manifestación de especiales cualidades de eficacia, fuerza, valor, consideradas

sobrehumanas, podría ser visto como indisoluble de él¹³. Bottéro expresa este fenómeno como una inseparabilidad que pudo “al menos en la devoción popular, transmitir (...) algo de los atributos, las prerrogativas, los poderes y en suma el carácter divino de su patrón divino”. (Botteró, 2001: 86).

3.3. El sepelio de “Paquirri”

Francisco Rivera Pérez “Paquirri”, torero gaditano, muy popular que formaba parte de los carteles en las mejores plazas. Se decía de él que, tenía una predestinación innata para ser torero y sólo torero. Poco tiempo duró la gloria del triunfo por la tremenda cogida que le causó la muerte el día 26 de septiembre de 1984, por el toro llamado “Avispado” en la plaza de Pozoblanco de Córdoba. Dicen los que conocen su historia de cerca que, en ese trance, dio muestras en todo momento de tranquilidad. La gravedad de la herida, con gran pérdida de sangre, fue lo que motivó su muerte camino al hospital. El entierro de Francisco Rivera “Paquirri” fue una de las manifestaciones más multitudinarias por la muerte de un torero en los últimos años en la ciudad de Sevilla. La historia de movilizaciones numerosas en esta ciudad, volvía a repetirse muchos años después. Con una imagen desoladora, dejaba el singular torero, tras su muerte, un sin fin de entusiastas admiradores rendidos en el sepelio del matador. La escultura sepulcral nos muestra un “Paquirri” arrogante, seguro, certero en su arte. Más tarde, como en los anteriores casos, el relato fantástico de los aficionados se convertiría en su morada de leyenda.

El antropólogo norteamericano Julian Pitt-Rivers señalaba que, la taurofilia

“...no es únicamente una cuestión de *intensidad*, sino del *matiz* de cada afición: cómo se *siente* la corrida en un sitio u otro ¿Cuál es la significación profunda, tal vez inconsciente, que explica esta intensidad? El que ha ido a los toros en Pamplona y también en un pueblo a orillas del Guadalquivir no puede dudar que, para nada uno de estos dos públicos, la corrida tiene un algo muy distinto. ¿Por qué se comportan de manera tan diferente? (...) Sin embargo, su forma (la corrida) en cualquier ruedo es estrictamente igual sea donde sea. La única indicación de la diferencia está en el comportamiento del público, que manifiesta un espíritu más o menos religioso de alguna forma u otra”¹⁴ (Pitt-Rivers, 1995: 184 y 205, cursivas suyas).

13. Jean Cau, escritor, periodista francés, se expresaba en este sentido: “Después de su muerte, el torero cordobés (Manolete) subió al cielo de los mitos, en el que se reina intocable(...) si fuera posible canonizarlo... Tenía el aire trágico y entristecido de una cabeza del Greco y esa fealdad mística de los elegidos de Dios” Jean Cau, 1962, pág. 20.

14. “La taurofilia no aparece más que en la fiesta, y, por tradición, en una fiesta religiosa. Aunque no es preciso recitar el Credo al entrar en la plaza de toros, es una fiesta religiosa y es también un sacrificio(...) La taurofilia es matar un toro por la significación simbólica que tal acto implica, llevarlo al matadero no significa taurofilia ninguna, sino gusto por los *bistés*, que es otra cosa muy distinta(...) Que tales cazas o luchas ...no tiene nada que ver con el culto al toro que conocemos en la historia ni con la taurofilia festiva y simbólica, porque uno es una operación práctica y la otra es un rito” Pitt-Rivers, *Las raíces de la corrida en la cultura popular*. 1995, pág. 188.

4. CONCLUSIONES

El torero en general es un “hombre religioso”, abierto al más allá, en un momento en el que el mundo parece conducirse hacia la laicización social¹⁵. La afición, ante la posibilidad de trágico percance en el ruedo, construye una vía de conexión en “este mundo” para dar continuidad en el “otro mundo trascendente”

La sucesión de etapas ceremoniales, diversos actos religiosos, los detentes unidos a manifestaciones gestuales piadosas, integra a la Fiesta en esa heterogeneidad de hechos sagrados o morfología propia.

Como se comprueba, a lo largo de la historia de las religiones, en las dinámicas de los sistemas de creencias, muchos pueblos fueron tendente a la acumulación en relación con lo sagrado, más que a la sustitución. En la Tauromaquia se presentan formas vivas de coexistencia armónica entre manifestaciones propias de creencias pasadas con otras actuales. Encontramos, pues, combinaciones sincréticas y populares de religiosidad, habituales en casi todas las formas de religión.

Esta hierofanía o modalidad de lo sagrado mantiene una significación simbólica de reafirmación de identidad, indisolublemente unida a la taurofilia, dándose en un contexto y condiciones adecuadas para que se presente como marcador de identidad taumáquica.

La peculiar religiosidad construye un contexto mítico-mágico vinculando el fenómeno taurino con el mundo de las creencias.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁZAR, F.M.: *Sánchez Mejías. El torero y el hombre*. Sevilla: Fundación de Estudios Taurinos, 1999.
- ARÉVALO, J.C. y DEL MORAL, J.A.: *Nacido para morir*. Colección La Tauromaquia. Madrid: Espasa Calpe, 1995.
- BOTTERÓ, J.: *La religión más antigua: Mesopotamia*. Madrid: Editorial Trotta, 2001.
- CARRETERO, J.M. (El Caballero Audaz): *El libro de los toreros. De Joselito a Manolete*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1998.
- CAU, J.: *Las orejas y el rabo*. Barcelona: Plaza y Janés, 1962.
- CHAVES, M.: *Juan Belmonte, matador de toros*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- DEL MORAL, J.A.: *Cómo ver la corrida de toros*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

15. Para Mircea Eliade en su *Tratado de la Historia de las Religiones*, lo sagrado aparece como una estructura de la conciencia que hace posible una manera de ser en el mundo caracterizado por la apertura a la trascendencia.

- DÍAZ, A.: *Belmonte en Joselito* en *Revista de Estudios Taurinos*, nº17. Sevilla: Fundación de Estudios Taurinos, 2003, págs 133-155.
- DURKHEIM, E.: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Buenos Aires: Editorial Sphapire S.R.L., 1968.
- ELIADE, M.: *Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2000.
- MARTÍNEZ, M.: *Como debe hacerse un torero*. Zamora: Escuela taurina de Zamora, 1967.
- PITT-RIVERS, J.: “Las raíces de la corrida en la cultura popular”. En “Antropología de la Tauromaquia: Obra taurina completa de Julian Pitt-Rivers”. *Revista de Estudios Taurinos* nº 14/15 Homenaje. Sevilla: Fundación de Estudios Taurinos, 1995, págs. 183-205.
- PIZARROSO, A.: *La liturgia taurina*. Madrid: Espasa Calpe, 2000.
- PRADES, J.A.: *Lo sagrado. Del mundo arcaico a la modernidad*. Barcelona: Ediciones Península, 1998.
- RAMÓN, J.L.: *Antesala de la Gloria. Historia taurina de la Escuela de Madrid*. Madrid: Espasa Calpe, 2001.
- RAPPAPORT, R.: *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Cambridge, 2001.
- ROMERO DE SOLÍS, P.: “Sevilla: Tauromaquia y religiosidad” en *Nuevos aspectos de la religiosidad sevillana. Fiesta, imagen, sociedad*. Área de cultura y Fiestas Mayores. Ayuntamiento de Sevilla, 2002, págs. 165-198.
- “La dimensión sacrificial de la tauromaquia popular”. En *Demófilo* nº 25 “Las Fiestas Populares de toros” Fundación Machado, 1998, págs. 245-258.
- SUREDA, G.: *Tauromagia*. Colección Austral N^o1632. Madrid: Espasa Calpe, 1978.